

9 -+ /MERCOSUR CULTURAL

(esquema intervención en seminario)

- La simple denominación de Mercosur, tomada como sustantivo, indica claramente el génesis de la iniciativa conjunta de los países que se encuentran en el cono sur de nuestro hemisferio. De ello deriva que lo “cultural” se le agrega en forma adjetiva en un segundo momento, como uno de los tantos aspectos que componen el total de sus objetivos. En eso, sigue el mismo trayecto de la consolidación de la Unión Europea, que comenzó con el Mercado Común, para seguir con la Comunidad y terminar en la Unión.
- Pareciera ser que los procesos de instalación de todas las iniciativas parecidas comienzan por la solución de los problemas derivados de la economía globalizada y terminan por entender que esos son apenas los síntomas de un problema mayor o “problema madre” que no es otro que el tipo de cultura que subyace en todos ellos como causa primera de la construcción de diferentes modelos de desarrollo.
- Tomando en cuenta la existencia de ese proceso es que habría que revisar con mayor cuidado nuestra aproximación al concepto de desarrollo pleno y sustentable en el tiempo, que, sin dudas, debería considerar de manera preeminente la inclusión de la variable cultural que, ciertamente, va más allá de la explicitación del aporte que significan para el bienestar de un país los recursos generados por las industrias culturales en el concepto de mercado común.
- Eso significaría tratar de rescatar lo humano que está en la base de todo proceso de organización social y, sobre todo, rescatar el alma (que seguramente sí la tiene) al proceso de globalización que caracteriza el comienzo de este nuevo milenio. Posiblemente se trate de un alma escondida tras el cúmulo de adjetivaciones de que es objeto este proceso tan controvertido y que, sin embargo, está allí, esperando ser reconocida y recuperada.
- La globalización se surte de múltiples vertientes culturales que le otorgan, si la analizamos con detención, una estructura polifacética, de muy diferentes consistencias y propósitos. Creo que es perjudicial, y hasta peligroso, considerar el proceso de globalización exclusivamente como de característica unidireccional, meramente expansiva, desde la metrópolis hacia la periferia, producido por países que lo generan y otros que, simplemente, sufren sus consecuencias.

- Existe la necesidad urgente de impulsar un cambio radical al respecto y pasar de una posición reactiva a otra propositiva, en la cual podamos encontrar y hacer reconocibles nuestros propios aportes desde lo marginal periférico al núcleo mismo de la producción del fenómeno. Para lograrlo, deberíamos comenzar por sacarnos de encima una suerte de dependencia endémica hacia las producciones culturales de la metrópolis que se nos aparecen como los paradigmas por los cuales hay que regir el curso del desarrollo de nuestras propias culturas.
- No se trata de reeditar aquí un añejo culto desmedido a lo propio en desmedro de la aceptación de las necesarias diferencias que provienen de otras formas de vida y visiones de mundo. Por el contrario, pensamos que hay que ir a su encuentro y asumirlas gozosamente promoviendo y creando una relación de equidad con ellas para desembocar en un sincretismo cultural armónico y enriquecedor para ambas partes.
- Esa relación de equidad no se produce por generación espontánea. Por el contrario, es fruto de una acción interna en cada país que parte de los actores culturales más variados, desde las comunidades de los pueblos originarios hasta los creadores “consagrados”, reunidos o no en organizaciones específicas, y que requiere de una interacción amplia con la comunidad, apoyada tanto por los medios masivos de comunicación como por la acción decidida del Estado. La equidad de que hablamos se refiere a la producción sostenida de cultura, que se nutre con las raíces específicas de cada comunidad y que, sobre todo, por calidad y cantidad se pueda poner en relación con la alteridad en igualdad de condiciones y no sufrir, como a menudo acontece, una distorsión cuando no una fagocitación por parte de expresiones de la cultura dominante.
- El “consumo cultural” ya está asumido como una variable significativa en los análisis del crecimiento económico de los países. Recién, por otro lado, se toma en cuenta la “producción interna de cultura” como generadora de empleos y de importantes recursos aportados al producto interno bruto. Sin embargo, estos signos constituyen apenas un pequeño y tímido acercamiento a una problemática mucho mayor y, tal vez, reflejan una última tentativa por situar el problema cultural del desarrollo apenas como una variable más dentro del macromundo del desarrollo económico y en íntima relación con el mercado.
- Es tiempo de separar los sistemas de análisis y encontrar la manera de configurar diferentes indicadores que den cuenta de las verdaderas necesidades que deben ser satisfechas para poder llegar a una calidad de vida que favorezca el pleno desarrollo humano, entendiendo por eso la realización completa de nuestra humanidad tanto en el aspecto material como en lo espiritual.

- No es solamente importante el saber cómo estamos sino también, y tal vez eso sea lo esencial, el averiguar y dar a conocer lo que sentimos o, mejor, cómo **nos** sentimos. Nuestra relación con lo que nos rodea, pasa necesariamente por el tamiz de los lazos afectivos y las emociones que nos unen con aquellos que tenemos más cercanos y también con el entorno inmediato que cobija los objetos y los ámbitos que mantienen vivos en su interior y en sus formas tangibles los recuerdos que conforman la memoria común.
- La historia de los pueblos, la verdadera, no aquella elaborada por algunos apresurados historiadores de turno, tiene como base fundamental aquellos acontecimientos que van siendo narrados y transmitidos por los propios protagonistas a sus descendientes. El tiempo transcurrido y las diferentes visiones de los mismos ayudan a modificar en la justa medida puntos de vista cargados de demasiada dosis de personalismo o posibles distorsiones derivadas de excesos de falso protagonismo. No deberíamos negar a la historia la posibilidad cierta de asumir la carga emotiva que está implícita en todo recuerdo de cualquier ser humano. Tal vez, conviene aquí recalcar que **recordar**, en su más profundo significado nos remite al “**poner de nuevo en el corazón**”.
- Es este valor profundo del recuerdo lo que inspira a los primeros habitantes de nuestro continente en la configuración de su propia visión de la creación del cosmos, cuando afirman que: “... La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a venir. Y ella era pensamiento memoria.” El pensamiento, al unirse indisolublemente con la memoria, conforma el eje generador de cualquier expresión cultural al mismo tiempo que asegura su permanencia en la conciencia social a través de los avatares que jalonan el ascenso de toda sociedad humana.
- El pensar y el recordar son entonces los objetivos fundamentales que debe perseguir en su propia comunidad todo aquel que emprende acciones en el ámbito de la cultura. Esto que parece muy obvio, en realidad no lo es ya que exige un gran compromiso y dedicación para poder insertar estos conceptos en sociedades la mayor parte de las veces ya contaminadas con el criterio de una eficacia equivocada y basada casi exclusivamente en la rapidez de resultados “concretos” medibles en un muy corto plazo. Se trata entonces de un profundo cambio de mentalidad que considere primordial la reflexión rigurosa acerca de nuestro pasado nutrido por las innumerables, diferentes y ricas memorias personales y de encontrar mecanismos idóneos para su traspaso a las nuevas generaciones.

- Puede esgrimirse aquí que se estaría dando las espaldas a todo el sistema de tecnologías que nos permiten apurar los procesos sociales, dotándolos de una rapidez anteriormente nunca imaginada. Sin embargo, pareciera que esa rapidez ha sido, la mayoría de las veces, causante de una cierta disminución del “espesor cultural” en las sociedades, hecho que las vuelve muy vulnerables a la hora de entrar en contacto con diferentes realidades culturales generadas al exterior de su propio proceso evolutivo.
- Con esto no queremos en absoluto avalar ni menos promover la aceptación pasiva de un tipo de aislacionismo cultural, muy cultivado por los regímenes de fuerza, que cierre la puerta al deseable flujo de diferentes modos de vida y visión de mundo que interactúen con el propio, enriqueciendo y ampliando la percepción y el juicio acerca de la propia naturaleza humana y del entorno que nos rodea. Por el contrario, postulamos una revisión acuciosa de este fenómeno que permita encontrar los mecanismos para ensanchar nuestras capacidades de comprensión y así poder asumir plenamente esas diferencias como algo indispensable para nuestro propio crecimiento como personas y como sociedad.
- ¿Cómo pasar de una dependencia cultural a un estadio de interdependencia equitativa en ese ámbito? Es evidente que allí se plantea qué rol le compete al Estado en la generación de situaciones sociales en las que la comunidad toda pueda acceder a la producción y al goce de las expresiones culturales de tal modo que esas entren a formar parte integrante de sus necesidades primarias para que pueda considerar de haber alcanzado una mejor calidad de vida solo en el momento en que haya logrado satisfacerlas en plenitud. Mientras no exista esta conciencia, será imposible lograr ese “espesor cultural” del que se hacía mención anteriormente.